

# YO FUI CASI PRESIDENTE

CARLOS A. BRAVO

Secretario Privado del Presidente Moncada

Todos los días vengo posponiendo la relación de lo que frecuento en tiempos pasados. De lo que vi y oí hace mucho tiempo. Cosas interesantes y curiosas que se relacionan tal vez con la Historia de Nicaragua, con la que no está escrita, que es la que vale.

Por ejemplo, los 4 años de la presidencia del General José María Moncada que yo los viví cerca de él. Identificado.

Mi vida fue tranquila y grata; antes decía lo que me daba la gana sin restricciones de ninguna clase. No es cierto que sólo la independencia económica hace libre al hombre. La pobreza, cuando uno no tiene nada que perder, y no tiene temor. Entonces se vive feliz y libre.

Las cosas de la vida, los intereses, lo que se va adquiriendo hasta la mujer y el hijo vuelven al hombre temeroso y discreto. Con el pensamiento llegan el temor y la reflexión.

Es curiosa la forma cómo el tiempo va haciendo transformaciones en el hombre, casi sin darse cuenta él. Con la mujer no sucede nada de esto.

Ella está a merced del hombre; desconoce lo que son las ambiciones y tiene mayor y mejor resistencia para sufrir, o para ser feliz.

Cuando yo fui a la Secretaría del Presidente, nadie creía que mi permanencia duraría. Qué va a tolerar un hombre de tal reciedumbre, de una vida seca y fuerte tan trajinada; a un hombre que hace de la vida un juego diario, que no sabe para qué sirve la seriedad, y que no tiene ideales, que habla, ríe, chanea hasta de lo que merece mucha atención. Es un desordenado: batiburrillos que son un retrato exacto suyo, fiel reflejo de su alma loca. Yo lo sabía; los chismes y las verdades.

Todos se equivocaron, hasta hombres que tenían gran experiencia de la vida. Ya está muerto uno que llegó especialmente a aconsejarme; llegaba todos los días. Fue Ministro todopoderoso y sabía mucha experiencia. Pero era otra clase de experiencia.

Mientras, yo dejó de reír y me propuse estudiar, conocer, leer en su expresión diaria, a aquel hombre que no contestaba los buenos días. Comencé por no dejar de saludarlo, aunque no contestara nunca. "Yo no lo saludo", me dijo el edecán. "Yo sí", le contesté. Era una tarea diaria, constante. Él hablaba con cierto menosprecio. Yo servía con seriedad. Se levantaba muy temprano: Yo, ya estaba en mi oficina. Llegaba, sacaba un libro de un estante mío y se ponía a leer. A veces él solo comentaba lo que leía. Sabía yo que él no buscaba conversación, y me estaba callado.

Leía la, correspondencia, y hacia un extracto, y cuando se lo enseñaba solamente escribía al margen: "No, no se puede" o, "que venga mañana".

A veces lo intrigaba yo, y él contestaba: "Que le diga lo que quiere a Usted". Jamás rió a carcajadas ni toleró un cuento inmoral. Se levantaba. Una vez hizo quitar del dormitorio un Cristo Crucificado. Lo creyeron impiedad, pero él medio serio medio sonriente: "Sólo Don Carlos sabe la verdad". Yo veía salir a una mujer muy bonita de su aposento. Está viva y vieja y fea.

Iba pasando el tiempo y estaba muy avanzado en mi estudio, en mi observación. Era tarea pesada. aquella y tenía que ser sin descanso porque todo hombre es distinto cada día, a, cada hora varía todo: bueno, malo, serio, hipócrita, santo; oscuro. Y este hecho que tenía, entre mis manos estaba hecho de una tierra heterogénea. Mezcla de todo.

Malo nunca fue. Meto mis dos manos al fuego por él. Vano, orgulloso, eso sí; pero esas son pasiones de hombre de verdad. Creía que sólo lo que él hacía, servía. Y era ostentoso; mucha mujer en su vida. Mentiras que se embriagaba. Bebía como bebo yo: Coñac superior, a veces Champagne. Un día lo vi pasarse. Recibió las credenciales del ministro inglés. Y se quedaron bebiendo: coñac y coñac sin saciarse. Eran cinco. Los puedo mentar, pero están muertos. Hombres magníficos.

Lo que se robaba Sandino, lo vendían en Danlí a un primo del Presidente de Honduras. No quiero mentar nombres. Ya ven que soy discreto. Recibí un cifrado de un espía nuestro: oro y mulas.

El coñac hizo su efecto. Es sabroso y agradable, pero traidor. El Presidente iracundo me ordena declarar la guerra a, Honduras: gritan todos, protestan. Llevo el radiograma, lo firma y bajo a ponerlo.

—Te imaginas cómo va a amanecer esto? me preguntan.

Al día siguiente me dicen que el Presidente me llanta urgentemente.

Entro al aposento; se incorpora y me pregunta: "Y el radio?"; ¡"aquí está"!; sacándolo todo arrugado de la bolsa. Se acostó tranquilo y creo que siguió durmiendo, porque se levantó tarde.

Nunca lo perdí de vista. No era espionaje el mío: observación nada más. Me propuse estudiarlo, conocerlo. Lo tenía en mis manos para eso, y yo mismo apreciaba cómo operaba con tanta discreción. Me di cuenta que él era un ególatra, de un narcisismo intelectual mental, a toda hora.

Hablaba bajo como oyéndose, andaba rápido como Napoleón en las películas, siempre admirándose a sí mismo. Sin embargo, nunca se refería a sí mismo y le repugnaban los militares. Decía que eran perniciosos. Una vez las damas de Granada le obsequiaron con una espada de oro. Pasó el tiempo y me llamó, y enseñándomela me preguntó: "La quiere? Es de cobre. No es de oro". Sonrió forzosamente.

Recién pasada la catástrofe, llegó un día la más gentil de las hijas a prestarle el único camión que había.

"No es mío —le dijo él— no puedo".

"Lo sé", contestó ella, "pero es para llevar mis muebles. No lo voy a dilatar. Dos días". El Presidente me dijo: "présteselo, lo devuelve pronto".

A los cuatro días me preguntó si había devuelto el camión.

—No, le conteste.

—Vea, pídalo. Aquí no más en este teléfono repita lo que voy a decir.

Me dieron comunicación y llegó la señora, por cierto, muy culta y bonita. No sé cómo estará ahora. La mujer se deshace con facilidad. El tiempo es cruel, y desbarata con facilidad a la mujer, la estruja, la desfigura. El hombre es nula resistente. Muere con la cara intocada, a veces mejor. Yo he visto muertos simpáticos. Dice el Presidente: "Señora por qué no ha devuelto el camión?"

Yo: --Señora por qué no ha devuelto el camión?

El. —No es de su padre. Es del Estado.

Yo: —No es de su padre. Es del Estado.

El: —Es un abuso retenerlo como si fuera suyo.

La señora, colgó con gran estrépito el teléfono. Yo suavemente.

A las pocas horas llegó como una tempestad y entró al despacho. La oí gritar, llorar, acusar. Decía: "abusivo, malcriado, soberbio; cree que él es el Presidente". El General Moncada me llama y socarronamente, me cuenta la queja estrepitosa de la señora. Yo no abro la boca.

Ella: "vulgar, malcriado, échelo de aquí". El hombre frunce el ceño y dice:

"Oye: basta. La malcriada eres tú. Don Carlos decía en ese teléfono lo que yo le dictaba. Dale explicaciones por tus insultos". Yo di la vuelta, y me fui a mi oficina. Ella pasó y en la cara que era muy hermosa vi el arrepentimiento y la vergüenza.

Doña Teresa Luna era la mejor y mi buscada modista de Granada. Vestía a las mis exigentes. Era por Masatepina. Muy amiga del General Moneado-, y llegó a arreglar la casa. En el aposento colgó un bello Jesús Crucificado. Yo no sé dónde lo hallaría, pero, qué dolor y qué expresión de sacrificio. ¡El de Velásquez! ¡Apenas si se le ve el rostro! Cuando terminó dijo al Gral. Montada: "Lo primero que vas a hacer es el nombramiento de José Manita como Cónsul en Nueva York". El me volvió a ver. Yo sé lo que quiso decir con los ojos. Los ojos son más expresivos que la boca. Sobre todo, en las mujeres, y él tenía un no sé qué femenino en su ser, ¡pero era muy hombre!

Cuando se fue la señora él, con delicadeza y después de admirar el dolor callado del Santo Cristo, me dijo: "guárdelo, guárdelo bien".

Creyeron que era ateísmo, o irreligiosidad. Cuando más bien era un respecto profundo a la imagen de Cristo. El mundano, el mujeriego, el sátiro reconoce a su Dios en forma reverencia). El impuro rindiendo culto a la pureza misma. Al Gral. Moncada le gustaban las mujeres feas, viejas, bonitas, jóvenes, todas, y no iba a estar Cristo desde la cruz viendo todo aquello. Cuando ya estaba el Presidente en funciones llegó Doña Teresa y yo le dije lo de siempre: El Presidente está en una reunión. Vaya y dígame que yo estoy aquí.

—No señora, está con los Ministros, me ordenó.

Volvió otro día. Igual: Está en una reunión. Se fue y no volvió más. Un día fui yo, un sábado, a la Laguna a informarle, y encontró a Doña Teresa.

Desde que me vio, dijo al Presidente... —Pues, José María, no he podido verte en Managua porque en la Casa Presidencial hay un perro negro y no me deja entrar. —Señora—, dijo herido el Presidente—,

Ud. es injusta y grosera, yo he dado orden que no la dejen entrar. Tengo mis razones, Don Carlos no es perro ni es negro.

¡Me vio blanco el hombre que se sentía maltratado, cuando advertía la injusticia! Era campeón de la verdad y la expresaba sin distinción y sin miedo. ¡Siempre fue así!

Estaban en su mayor fuerza los Sandinistas, destruyéndolo todo. Un espía muy valiente asaltó y mató a un hombre que llevaba una carta del Dr. Escolástico Lara, un médico ilustre, un hombre sobresaliente, valiente y bueno. ¡Los americanos crearon, armaron y mantuvieron a Sandino! ¡Yo sé por qué lo digo!

Fue una mañana el Dr. Lara con un compañero Ilustre donde el Presidente. Yo no sé qué le pasaba al Dr. Lara que llegó a sincerarse con el Presidente.

Lo de siempre: él, ni conocía a Sandino; y habló y habló. Moncada sabía oír, que es tan difícil. Me acuerdo que jugaba con un lápiz rojo entre las manos.

—¡Y Ud. Doctor? — preguntó al otro, que era hombre íntegro, sabio y muy simpático. El Dr. Lara continuó diciendo que Sandino era un criminal que deseaba la desgracia de Nicaragua. El Presidente me hizo llamar y me dijo: "Este es el Dr. Lara". Entendí lo que quería: fui a mi oficina y volví con la carta del Dr. Lara para Sandino. Se la alargó, la leyó de mentiras, porque no estaba para leer. Cuando se la iba a echar al bolsillo, Monada le dijo:

—No Doctor, esta carta es del archivo. Ya envió copia al Ministro Americano. El Ministro Americano era Mr. Mathew Hanna que hablaba muy bien español. De repente fingía no saberlo.

El Gral. Monada me tenía ordenado que cuando Hanna llegara en visita estuviera en el despacho con cualquier pretexto; que oyera la conversación y enseguida la escribiera. ¡Lo que oí! Formé un libro, lo empastaron y se lo entregué. Una mañana fue larga y ruda la conversación. El Presidente tenía pruebas de que los americanos mantenían, pertrechaban y proporcionaban todo a Sandino. Sandino era hechura de la brutal intervención que estaba acabando con Nicaragua. Moncada estuvo magnífico de ira, de horror, de una verdad que mantenía atontado a Hanna. Citaba días, horas, fechas, lugares de la complicidad yanqui, papeles.

Rojo por la verdad que salía a borbotones por la boca. Hasta me parecía que hubiera querido agarrar por el cuello al yanqui entrometido, pero en lo personal eran muy finos amigos. Después le leí el suceso que había visto y oído. Se le ocurrió algo de pronto.

—Publique eso como una declaración oficial en forma de batiburrillo. La escribí y la mandé al periódico. Fue un escándalo Hombres de confianza llegaron muy de mañana hirviendo. el Dr. Federico Sacasa: "¡Cómo se le escapó eso! ¡Es comprometedor!" Toño Flores: "¡Yo te hacía más vivo! ¡Qué bárbaro!" y otros, y otros. Ponderaban al Presidente la forma burlona, ligera, chancera y a veces grosera con que me refería a la intervención americana.

El Presidente era hombre de una estudiada serenidad. Oía a cada uno. Me llamó y me dijo: "Tráigame el periódico". Lo llevó. —Léame la declaración oficial que hizo. La leí calmoso, despacho. Yo sé leer. Y cada vez que relampagueaba un párrafo decían los oyentes: "Qué bárbaro, qué grave eso! El Departamento de Estado va a reclamar! ¡Van a pedir la destitución de este! A Ud., al Presidente, le van a exigir una rectificación!". Cuando terminé, el Presidente como queriendo sonreír me dijo: "Ese

es su género, interpretó no lo que yo dije sino lo que quería, lo que pienso, lo que debe pensar todo nicaragüense patriota y honrado!". Después, cuando se fueron me dijo uno por uno.

El Dr. Carlos Morales: " ¡qué vivo, me hubieras hecho una señita!".

Dr. Taño Flores: "Lo sospeché. No tenés pelo de tonto!".

Dr. Federico Sacasa: "Viveza granadina!", golpeándome con cariño la espalda.

Otro: "Felonía granadina!".

Un día se le pidieron a Tacho, que era Sub-secretario de Relaciones, unos informes que los conocía. Pasaron días y no contestaba "vaya Ud., me dijo, a ver qué pasa". Fui. Tacho era hombre de carácter muy grato. Se hacía. querer, irradiaba simpatía. Era de amabilidad pegadiza. Después. Los hombres no resisten la poderosa fuerza del poder. Llegué y le dije de lo que se trataba. "Negró, me dijo sentate y escribí qué es lo que realmente quiere". Lo escribí. Al día siguiente llegó la Ministerial y se la llevé al Presidente. La leyó, y volviéndome a ver me dijo: "El machote es suyo".

Estábamos en lo que se llamó la Casa Gris, yo no sé por qué, ni era. gris; una casota horrible. La presidencia se componía del Presidente, yo y Carlos Solís Torres que era el mecanógrafo. Muchacho muy competente y muy bueno. Vivía allí también ROM Niño que fue compañero del Gral. Moncada en la campaña y que gozaba de mucha confianza con él. Lo trataba de voz. Salía todas las noches el Presidente con sus amigos; yo también y Rosa Niño como que enamoraba a una niña de enfrente. Una noche llegó el Presidente a la casa y no encontró a nadie: sólo al centinela que iba y volvía. En la mañana siguiente llamó a Rosa Niño y le dijo: "hombre ustedes dejan solo aquí; vengo y no hay nadie; de repente me van a asesinar". Rosa Niño le repuso: "Andás de aquí para allá con putas ¿y aquí Don Carlos y yo te vamos a asesinar? y dio la vuelta". El Presidente no dijo nada!".

"Vio? —me dijo el Rosa Niño: —Va y viene con sin-. ganas desde Casa Colorada, beben, comen y aquí lo esperamos nosotros para asesinarlo. ¡Qué baboso!". Yo, como siempre mudo.

Venía de Masatepe un día, se descomponen el Lincoln y se pasa al Yip de la, escolta presidencial. Llegó enfermo, quejándose de las asperezas y brincos del Yip. Rosa Niño comenta en su presencia: "caminábamos a. pie en los zuamos, en los llanos, en las lomas empinadas, y aquí te has vuelto como señorita. ¿Te acordás cuando te dormiste en el suelo con una piedra por almohada? Y ahora no puede andar en un carro viejo. ¡Qué niño tan delicado!". ¡Y yo como siempre mudo, mudo!

Pudiera contar más escenas iguales a estas. Él quería. mucho a Rosa Niño, le oía y ni siquiera sonreía porque no sabía sonreír. Tenía virtudes extrañas que no he visto nunca en ningún otro hombre. Sufría con el mal ajeno. Jamás cometió una injusticia. Era muy honrado. No sé en lo que creía, porque nunca le oí la menor palabra que se refiriere a Dios.

Hablaba poco. No sabía decir discursos. Hablando se hacía pesado, parco, palabra por palabra, como dejándolas caer, sin ninguna inspiración. Y que era hombre de mucha lectura. Lo que sí sabía era reflexionar. Nunca violentó Una resolución. Jamás se disparaba contra nadie. Conmigo hablaba. Yo sólo lo oía. Esa era mi tarea. Me la impuse yo.

Una vez sucedió un caso insólito. Pidió a los gobernantes de América la oficina Panamericana un mensaje que no pasará de cien palabras. Él se fue a la Quinta y se entregó a escribir. Dilató cuatro días. Le costaba escribir. Era un pensador al de verdad, pero le costaba mucho escribir. Se trataba del

centenario de la muerte del Libertador. Tenía hermosas y grandes ideas el Gral. Moncada, pero trabajaba mucho para expresadas, para ordenarlas en el papel; me parece que tenía ancestro extranjero. Hay muchos casos.

Terminó y lo leyó a varios amigos. Lo de siempre: "admirable! ¡qué dicción! Léame ese párrafo"! El no reconocía a los incondicionales. Ofusca el elogio exagerado. Desconfía él de los que están elogiando siempre. Yo no estuve de acuerdo en su comparación de Washington con el Libertador, pero no lo dije. Además, nadie me lo preguntó. En la tarde me lo ofreció para que lo leyera. Cualquier cosa. Conté las palabras y resultaron 108. Se lo dije y me autorizó para que lo arreglara. Era fácil, muchas palabras innecesarias, comunes, sobrantes. El Libertador no se parece a nadie. Es único. Washington es un hombre grande y puro. El Libertador un hombre grande e impuro. Vive en la conciencia de América. El que quiere verlo lo ve. Washington es una reliquia. El otro anda, habla, dirige, sueña, piensa. Es el alma. de América.

Al Presidente Moncada nadie lo vio como lo vi yo: con sus virtudes, con sus defectos, con lo que él creía. de la vida., con lo que pensaba de los hombres y hasta de las mujeres. En sus alegrías, en sus tristezas y más que todo en sus dudas. Eso es todo el hombre. Lo encontré: varia veces decaído, deshecho, metido todo en las dudas. Y sin poder preguntarle nada. Una vez estaba contento, satisfecho, alegre, pero moderadamente alegre. Dejaba ver lo que estaba pasando. Me senté en el escritorio suyo y leí, débilmente visible en el secante, estas palabras: "A LAS DIEZ, POR LA OTRA PUERTA". Yo sabía cuál era. la mano linda que escribió esta promesa.

El amor es MAS fuerte que la muerte En la propia Secretaría Privada, por la noche escribía los recuerdos del día. Tenía tres libretitas con todo lo que pasaba cerca de mí. Me distraía releyéndolas. Siempre me ha encantado leer, y cómo repasar lo que he visto u oído, sin corregir o agregar nada. Fielmente escrito todo; dicho con la sencillez o con la violencia sucedida. Estaba como en la escuela de San Carlos o de ciudad Rama, cuando era muchacho descalzo. Me enseñaron los maestros a ser leal conmigo mismo, desde temprano: el primero fue mi padre y el de ciudad Rama mi hermano mayor Salvador, un hombre encantador: sabía poco, pero enseriaba la manera de vivir la vida. Hay ahora cosas complicadas con maestros, —profesores los llaman—, que saben mucho y no enseñan nada. Ellos mismos no saben cómo se vive. Los tiempos han cambiado mucho.

Traje mis cosas cuando Moncada se bajó de la Presidencia; entregó la banda que se cruzan de derecha izquierda y me dejó a mi para que entregara lo demás. SI no había gran cosa: papeles de todo tamaño. El Dr. Sacasa era muy amable, me habló de lo mucho que me debía la Patria, de mi abnegación y de mi lealtad. En parte es verdad eso, menos lo que me debe la Patria. A Dios bendigo por haberme dado esta tierra, por haberme hecho polvo de esta tierra, agua de esta agua.

Estuve como 15 años fuera de mi casa. Sirviendo para nada, en esto y en aquello, mal pagado y mal comido. Volví, porque me echaron el día menos pensado. Feliz en ml casa, jugando con mis hijos, hablando día y noche con mi mujer porque ella habla mucho y de todo.

Volví afligido, pensando en la vida, pero mi mujer ella es un encanto y se fue a buscarme trabajo, a visitar a los grandes, a los poderosos, y les decía que yo hablaba en Radio Mundial, que era la más poderosa estación del país; que tenía escritos 42 libros con mis conferencias, que eran muy lindas y que yo era el hombre más grande del mundo. Ud. nunca lo ha oído? preguntaba. Solicitaba un

anuncio para mis Charlas. Me parece que debe haber sido grato y perdonable oír a una mujer hablando así de su marido. Se hizo querer y la atendían con mucha generosidad.

Me acuerdo de mi amigo Gonzalo Meneses Ocón. El la vio, la oyó sonriendo y la sirvió. ¿Lástima? pensaba yo. No es lástima lo que se tiene por una mujer que habla así y anda sudada, a pie, cansada, por el marido desocupado. Yo nunca he servido para pedir, ni sé cómo se hace eso. ¿Es simpatía lo que inspira? Ya no tuve necesidades. El Ángel de mi Guarda, andaba con mi mujer, cansado, a pie y sudado como ella. No lo vi yo, pero lo supe. Cuando ya me dediqué a arreglar, tranquilamente mis libros, éstos alegres me saludaban con cariño.

Los libros hablan, sufren, sienten. Son Criaturas vivas de Dios, ¡15 años de abandono, de separación. Ya no estaré apartado de ustedes. Ya estoy aquí para cuidarlos, para acariciarlos, para releerlos, y para contar a mis hijos lo que me dicen de nuevo. Y los resobaba, y sonreían al volverme a ver, y saber que yo no los dejaría más. Los tres libritos en que apunté mi vida y la vida del Presidente Montada, los comejenes, ejércitos de comejenes, los carcomieron, los deshicieron: hojas con hoyos, ilegibles. Y tantas cosas interesantes que desaparecieron. Cuatro años de la verdadera Histeria de Nicaragua, que no está escrita. La lucha de Montada con la rapaz y cruel intervención americana. El, solo contra todos.

R. A dice. Las cosas tienen un ser vital, tienen raros aspectos, miradas misteriosas. Toda forma es un gesto, una cifra, un enigma; en cada átomo existe un incógnito enigma de día, de tarde, de noche, a toda hora y lo más duro que los liberales conspiran con los americanos para echarlos lo calumniaban y andaban en conliábulo para que otro liberal viniera a prestarse para lo que aquel hombre de hierro decía siempre. No. ¡Eso nunca!

Qué bien hicieron los comejenes en comerse los libritos famosos en los que contaba minuciosamente esos cuatro años dolorosos sin tregua, sin descanso, triste, del Gral. Montada.

Y me acuerdo de su entierro cuando murió: fuimos pocos; nadie quiso hablar en la Casa del Partido. Don Ramón Sevilla, a quien yo quería mucho, desde que me vio dijo: —¡Ud. Dn. Carlos! Digo unas palabritas. No recuerdo ni lo que dije. Me tenía avergonzado que sobre el ataúd, en lugar de aquella Patria que defendió contra el poder más grande del mundo, quien no durmió pensando él en ella, y que no tuvo paz los cuatro años de su gobierno, le pusieron un pedazo de colorado. Si él era solamente el más ilustre de los hijos de Nicaragua. Y el más atormentado. Yo siento orgullo de haber sido el único que vio, oyó y conoció los cuatro años de angustia a que estuvo sometido por la Patria. Se trataba de la sucesión y todos querían ser candidatos a la Presidencia. El hombre jamás abrió la boca. Me preguntaban a mí. Yo era mudo. Una mañana llegó el Presidente a mi oficina, sacó un libro. "El diario de Bucaramanga, del Libertador". Mucho quería al Libertador, no por lo que hizo, sino por lo que pensó.

A él le repugnaban los militares y nunca usó uniforme, ni se puso medalla, ni nada que lo distinguiera. Era sencillo y orgulloso. Qué raro. Disputaban los pretendientes, y él. Eso sí, era hiriente, burión incisivo: cortaba, hería, sangraba, de todo usaba. Hablando de ellos. ¿Quiere saber Ud. quién es el candidato del Presidente Montada? Lo volví a ver. Nunca hablaba. Y él despacio, palabra por palabra como se reza una oración, me dijo: "El candidato del Presidente Montada es el Gral. Montada"! Y continuó leyendo el "DIARIO DE BUCARAMANGA". Yo puse seña después en la página que leía cuando me dijo eso—. Un día hablaban, disputaban los pretendientes, y él firmó la carta que le

llevaba. Alzó la vista, me quedó viendo y yo entendí lo que quería decir con los ojos y con la boca cerrada.

"Quieren ver —les dijo— al único que sabe quién es mi candidato? Y ellos esperaron. Dirigiéndose a mí: "Don Carlos: ¿sabe Ud. quién es mi candidato?". "Sí", dije suave como novia pudorosa cuando el cura le interroga: "Acepta Ud. por esposo a fulano de tal?". No se le oye, dijo el Dr. Carlos Morales. Alcé yo la cara y viéndolos a los dos dije fuerte: "Sí, si sé", y me fui con la carta firmada que era para don José Zepeda Alanís. Después me preguntaba Don Toño y me preguntaba el Dr. Morales. Yo recobré mi constante mudez. No sé nada amigo: Son cosas de él. "No hombre", me decía el Dr. Morales: "vos lo conocía bien".

Ninguno me sacó ni una seña siquiera. Hasta ahora lo digo. Los 3 están muertos. En la tumba no hay más polvo ya. Pero ellos, que eran tan buenos, deben de estar en el Cielo. Dios es misericordioso y ellos ni se acordarán que se morían los 2 por ser Presidentes de Nicaragua y el otro por reelegirse para seguir sufriendo, porque no mandó nunca. en una zona, Sandino con los bandoleros; y en la otra, la intervención americana cruel, sangrienta, la muerte, el incendio y el pillaje, diezmado a los nicaragüenses, corrompiendo a las mujeres, echándonos a pelear como gallos ennavajados a los unos y los otros.

A mí me es difícil olvidar, no al Gral. Moncada porque no se hacía querer, sí al hombre que a la Patria amó y estaba dando la vida por ella minuto a minuto, lentamente; todos los días un pedazo de su alma, con el corazón estrujado. Así...

Me consta!

Pudiera seguir contando lo que vi, lo que oí, todo lo de los 4 años que estuvo el Gral. Moncada, en un puesto que llaman Presidencia y que no presidió nunca. Pero son detalles muy tristes, hechos muy dolorosos. Es mejor olvidar. El olvido sirve para eso: para no sufrir con los recuerdos del pasado.

## RESUMEN

El Gral. Moncada: Era sencillo, pero soberbio.

Hablaba poco.

No sabía hacer discursos.

Le repugnaban los versos.

Le gustaban las mujeres, las peores.

Jamás dijo una mala palabra.

Nunca mintió.

Nunca juró.

Era cristiano. (Entendía por eso amar a Cristo).

No supo lo que era la amistad.

No se hacía querer.

Nunca odió a nadie.

No creía en la buena fe de los partidos.

Ni liberal ni conservador.

No digo lo que me dijo de los americanos.

La Patria sin patriotas le oí decir una vez.

Era sincero.

No confundió nunca el sí con el no.  
No habló alto.  
Comía mal y poco.  
Irónico, hasta grosero.  
Devolvía los regalos como novio enojado.  
No es cierto que abusaba del licor.  
Solamente dos veces lo vi hablando disparates.  
Hasta que fue Presidente usó zapatillas caras.  
Reía bajo como para que no le oyeran.  
No entendía de hacer chistes.  
No intimó con nadie.  
Le gustaba estar solo.  
Leía.  
Admiraba al Libertador.  
Callado oía cuando le hablaban mal de alguien.  
Intrigaron para sacarme, y me iba, pero él intrigó para que me quedara.

Yo no estaba puesto por él. Ni lo conocía. Me llevó, Dios para que fuera testigo de los 4 años de la tragedia continua. El mismo Gral. Moncada, se engañó. El soñaba con días felices, con el honor y la gloria. La alegría diaria, el ruedo de amigo, la sonrisa de los incondicionales, las regalías, el poderlo todo, el Himno, el estruendo de los rifles a su paso. Y nada de eso hubo.

Éramos sólo 3 los que estábamos. El Presidente de la República, cabizbajo y triste, yo Secretario, y el mecanógrafo que se llamaba Carlos Solís Torres. y la Patria sintiendo en su alma el dolor constante.

Hace pocos días fui a Jinotepe para decir estas cosas que se dicen cada año. Hablé en la Escuela Normal y dije parte de lo mucho que sé de la Patria, de su nacimiento, de los Próceres.

Licenciado del Valle.

De Barrundia.

Del Licenciado Larreynaga.

De todos. Oiga, Larreynaga nació en León. Murieron sus padres y lo recogió un tío que era joyero en Telica. Y el muchachito cuando iba a vender bisutería, joyas, sortijas se quedaba espantado viendo la erupción de 3 volcanes: Momotombo, el Orotá o Rota y el Cosigüina. Un espectáculo maravilloso.

Oyeron los normalistas encantados. Me llevaron por caminos que no conocía. Maravillado de tanta hermosura, árboles como nunca los había visto. Iba deslumbrado. Qué tierra ésta. Por donde quiera la belleza, hasta la piedra del camino, y de pronto un ceibo gigantesco con la copa tupida de un ramaje verde oscuro. Yo creo que Dios pinta, dibuja, esculpe. Esta montaña, es obra de sus manos generosas.

Pasamos por Masatepe y vi sólo y triste, la estatua del Gral. Moncada, en medio sol, cubierto del polvo del camino. Siempre con la pena y la soledad. Las estatuas son para, halagar la vanidad de los vivientes. ¿Qué pierden ellas con nosotros?

Recuerdo cuando se inauguró me trajeron para que hablara. Ideay, no había o no quería nadie hacerlo. Vine y dije los lugares comunes que se dicen en estos casos. Para qué me iba a poner a decir la verdad, lo que yo había visto, lo que sabía?

Ni a él, ni a nadie le hubiera gustado oír el pasado triste de la vida de este grande hombre. Fue siempre aislado por el destino. ¡Ah, una mano generosa que hubiera hecho un cerquito a la estatura y sembrado rosas! ¡El gustaba de las flores y en estos lugares las hay tan lindas!

Deben de estar cansados de oírme, las damas aburridas. Pero tienen que saber ellas también todo lo que se refiere a Nicaragua, y contarlo como un cuento a sus hijos. Comenzar como si fuera un cuento de Andersen.

Hubo hace muchos años en esta tierra un hombre que luchó, sufrió y lloró por la Patria.

Igual a cualquiera de los héroes de la Independencia, tal vez más significativo porque le tocó estar solo contra todos", etc. Pongan el resto ustedes que tienen tan a flor de labio el corazón. Shakespeare dijo de Uds.

Fragility: thy name es woman.

Fragilidad: tu nombre es mujer.

Pero yo traduzco a mi capricho:

Gentileza: tu nombre es mujer.

Cuando el Gral. Moncada era Presidente electo se anunció la visita a Nicaragua el también Presidente electo de los Estados Unidos. Mr. Hoover.

Hubo consultas, preguntas respecto al traje, color y forma que debía llevar el Gran. Moncada a Corinto.

Pantalón verdusco, camisa blanca, corbata de color tenue, zapatillas negras, leva negra larga bastón.

Él quiso que yo fuera, pero yo no me puse más que el traje blanco que uso siempre, y no iba en la comitiva sino aparte, como un curioso cualquiera: ver, era mi consigna, impuesta por mí: ver y algunas veces oír; hablar bajo y adivinar lo que el Gral. Moncada pensaba y decía porque él nunca habló fuerte: entre dientes, me olvidaba decir que nunca le llame con otro nombre que el de Gral. Moncada. Jamás le dije señor Presidente.

Llegó el barco. La guardia hizo valla; limpias las armas, vestidos de gala.

El Gral. Moncada y su comitiva, de leva seria, todos se adelantaron buscando al Presidente de los Estados Unidos.

De pronto apareció un yancote alto, con el saco en el brazo, zapatos blancos, medio desaliñado y golpeando con la mano el hombro del General Moncada le dijo con voz estentórea: Halló, Mr. Presidente! y el de Nicaragua asustado dio la bienvenida, corto, suave, serio mientras el otro reía sonoramente. Yo apunté in memoria:

"La fuerza hecha hombre; el uno —añadí— la fuerza es madre del abuso, y continué pensando. El alto, fuerte, confiado, seguro de que lo puede todo. Tomillos de gente al respaldo, él mismo un hombre. Y el otro un hombre corto, quiero decir pequeño, limpio alargando una mano pequeña también

temblona, un saludo que no se oía para contestar a la mano fuerte que cayó sobre su hombro con el: Hallo, Mr. President!

Continué con mi resolución de curioso: "Me parece que en todas las cosas de la vida hay un simbolismo muy grande que el hombre tiene que tomar en cuenta si quiere vivir a sabianda del significado de todo, consciente del lugar que le ha sido señalado por Dios.

No saqué conclusiones. En la Historia de Nicaragua, está el significado de la escena de que fui testigo curioso, y el resultado de todo. Como si el hombre alto y fuerte fuera un presagio de lo que sucedería más tarde.

Hay que olvidar todas estas cosas que he dicho. Me mantenían calenturiento, desasogado, inquieto, y me exigía no sé qué fuerzas misteriosas que deshiciera de lo que me traía inconforme y hasta enfermo. Y me resolví a contar cuentos. Puedo escribir un libro con lo que todavía recuerdo en lo íntimo de mi alma. Creo mucho en la fuerza imperativa que hay en el ser interior de cada uno y me parece que en las mujeres no existe porque no están ellas hechas para las más fuertes pasiones, para los encontronazos de la vida, para la lucha diaria y dura. En el hogar es otra forma de pela la suya.

Hay que olvidar. El olvido es para eso: para evitar el sufrimiento que es lo que mata. Hay tantas cosas en la vida que tienen, que deben ser olvidadas.

La vida es drama, comedia, tragedia, mojiganga, cartel. El Gral. Moncada, tuvo drama primero y luego tragedia, pero tragedia griega, del tremendo siglo V\*.

Es más. El comenzó siendo un agricultor. Compraba café en grano de futuro, sembraba. Buen hombre. Tuvo un trillo y le puso un nombre peligroso, prometedor de lucha. El destino le sugirió ese nombre que es como el programa de su vida nueva y desoladora. El no quiso verlo así. Dios no consulta con nadie, pero un detalle. una seña, un nombre y PRO basta. Al hombre le toca adivinar y cumplir su destino. Al Trillo se llama TRILLO BOLIVAR.

Dejó su vida tranquila del campo. El campo y el árbol es más noble amigo que el hombre mismo. Y se fue a la lucha.

Creyó estaba triunfante cuando llegó a la presidencia de la República. Era otro hombre, feliz, pero de mentiras: preso de sus pasiones. Lo agarró la tragedia y lo purificó en el dolor, hizo de él otro hombre. Nuevo pero con el sufrimiento como compañero inseparable. Lo arruinó el nombre; un nombre puede acabar con todo: Para qué escogió el nombre de Bolívar sino para transformarse en un luchador, en un perseguido por la ingratitud, en una alma carcomida por la desgracia. Él lo sabía porque leyó conmigo el Diario de Bucaramanga. Murió sin que nadie lo viera. Lo asesinó la muerte por detrás, sólo como continúa estando en el mármol en que lo vi en una tarde polvosa en las orillas de Masatepe, sufriendo el fuego ardoroso del verano, a la lluvia cruel del invierno, muerto en el mármol, como continuará callado, independiente, tragándose la tragedia interminable de su vida!

Debiera de tener piedad la gente con los muertos, y no perennizar el sufrimiento haciéndolos vivir en mármol, más bien para exhibir la loca vanidad humana, que cono homenaje a los méritos del muerto.

Es locura mía, pero creo que así en el abandono de una calle desierta, sólo el pobre hombre, sin quien lo vea y lo admire y lo recuerde debe ser triste. Fue y es y seguirá siendo un solitario. Algo tiene el sólo nombre del Libertador que satura de grandeza, pero contagia de aquel su desengaño y su

dolor. Lo está probando la vida, la lucha, la muerte y luego la perennidad en mármol de este hombre superior, que sufre el castigo trágico de pasar como un desconocido en la cercanía de una carretera. Lo que hizo lo que sufrió y porque se ofreció generosamente a sobrellevarlo todo por la Patria merecen la admiración y la promesa de imitarle. Cuando él decía "La Patria sin patriotas" quería decir que él daba todos los días pedazo a pedazo su vida, con callado ofrecimiento, sin pensar en nada que no fuera la Patria. Yo no sé si le ha correspondido.

Yo continuó con la promesa que hice desde el primer día que llegué: mudo! Un curioso, un hombre ligero, un observador cualquiera y cuando lo vi en el mármol adiviné y vi lo que él está callando todavía. Se ve perfectamente lo que está pensando. Yo como cumplo lo que ofrecí, no lo oigo!